



ESCRITO DURANTE LAS VACACIONES de la navidad de 1902 en la villa de un amigo en Florencia (Italia), este ensayo de uno de los filósofos más notables del siglo pasado (1872-1970) intentaba buscar refugio, “en la pura contemplación”, cuando descubrió el sentimiento de desdicha que experimentaba una amiga, la esposa del filósofo Whitehead, ante las crisis neuróticas de su marido. Se agregaba a ello su propia desdicha personal, originada por la crisis conyugal de su primer matrimonio. Ante el dolor y la desdicha humana, Russell transitó hacia el altruismo y el pacifismo, que le valió en 1950 el Premio Nobel de Literatura “por la racionalidad y humanidad de un notable defensor de la libertad de expresión y pensamiento”. Publicado originalmente en *The Independent Review*, durante el mes de diciembre de 1903, por sus propósitos educativos se publica en esta entrega de la *Revista de Santander* en la traducción española de Pepa Linares, incluida en la selección que Manuel Garrido hizo para Ediciones Cátedra (Madrid) en 1996.

M

efistófeles relató al doctor Fausto, en su estudio, la historia de la creación, diciendo:

La eterna alabanza de los coros de ángeles comenzaba a resultar fatigosa; pues, después de todo, ¿no merecía él su alabanza? ¿No les había dado la felicidad eterna? ¿No sería más divertido recibir una alabanza inmerecida, ser adorado por seres a los que él torturaba? Sonrió para sí, y decidió comenzar la representación del gran drama.

Durante incontables eras, la nebulosa caliente giró sin objetivo por el espacio. Por último, comenzó a tomar forma; los planetas se desprendieron de la masa central, y luego se enfriaron; se hundieron hirvientes mares y se elevaron encendidas montañas; de las negras masas de nubes diluviaron cortinas de agua cálida sobre la insuficiente

corteza sólida. Entonces, el primer germen de vida surgió en las profundidades del océano, y se desarrolló rápidamente en la fructífera tibieza de los vastos bosques, en los hermosos helechos que brotaban del mantillo húmedo y en los monstruos marinos que vivían, se devoraban y desaparecían. Y de los monstruos, mientras se representaba el drama, nació el hombre con el poder del pensamiento, el conocimiento del bien y del mal, y con una insoportable sed de adoración. Y vio el Hombre que todo pasa en este mundo desquiciado y monstruoso, que todo lucha por arrebatar, a cualquier precio, unos breves momentos de vida antes de que llegue el inexorable decreto de la Muerte. Y dijo el Hombre: “Hay un proyecto oculto, aunque nosotros no podamos desentrañarlo, y este proyecto es bueno; porque debemos adorar algo, y en el mundo visible no hay nada digno de adoración.” El hombre abandonó la lucha, resolviendo que



Dios intentaba que la armonía surgiera del caos por obra del esfuerzo humano. Y cuando siguió los instintos que Dios le transmitiera por su estirpe de animales de presa, él lo llamó pecado y le pidió a Dios que lo perdonase. Pero dudó de si, efectivamente, sería perdonado, hasta que inventó un plan divino mediante el cual la ira de Dios habría de apaciguarse. Y al ver que el presente era malo, lo hizo aún peor, creyendo que lograría un futuro mejor. Y agradeció a Dios la fuerza que le hacía capaz de renunciar incluso a las alegrías que estaban a su alcance. Y Dios sonrió; y cuando vio que el hombre había alcanzado la perfección en la renuncia y la adoración, envió otro sol a través del cielo, que fue a estrellarse contra el sol del Hombre; y todo volvió de nuevo a ser una nebulosa.

“Sí, murmuró, era un buen drama; tendré que representarlo otra vez.”

Así es, en términos generales, pero aun con menos finalidad y más carente de sentido, el mundo que la ciencia presenta a nuestra opinión. Y este es el mundo donde nuestros ideales han de encontrar su morada, si es que esta existe, de hoy en adelante. Que el Hombre es el resultado de causas que no previeron el fin al que conducían; que su origen, su desarrollo, sus esperanzas y sus temores, sus amores y sus creencias, no son sino el resultado de ciertas situaciones accidentales de los átomos; que ninguna pasión, heroísmo, intensidad de pensamiento o de sentimiento pueden preservar la vida individual más allá de la tumba; que todo el trabajo de siglos, toda la adoración, toda la inspiración, toda la espléndida luminosidad del genio humano están destinados a extinguirse con la abrumadora muerte del sistema solar, y que todo el templo de las realizaciones del Hombre quedará inevitablemente enterrado bajo los restos de un universo en ruinas; todo esto, aun cuando sea susceptible de discusión, es, sin embargo, casi tan cierto, que ninguna filosofía que lo rechazara podría

aspirar a mantenerse en pie. Sólo dentro del armazón de estas verdades, sólo sobre los firmes cimientos de una completa desesperación, podrá construirse en lo sucesivo, con seguridad, la morada del alma.

¿Cómo puede conservar sus mejores aspiraciones una criatura tan indefensa como el hombre, en un mundo tan ajeno y hostil? Es un misterio extraño que la naturaleza, omnipotente pero ciega, en las revoluciones de sus seculares carreras a través de los abismos del espacio, haya acabado por producir una criatura sujeta a su poder, y con todo, dotada de intuición, de conocimiento del bien y del mal, con capacidad para juzgar todas las obras de su inconsciente Madre. A pesar de la Muerte, de la marca y el sello del control paterno, el Hombre es, sin embargo, libre durante su breve vida de examinar, criticar, conocer e imaginar creadoramente. A él solo pertenece esa libertad, en el mundo que le es conocido; y en ello radica su superioridad respecto a las fuerzas irresistibles que dominan su vida exterior.

El salvaje, como nosotros mismos, siente el peso de su impotencia frente al poder de la Naturaleza; pero no teniendo nada que respetar más que el Poder, está dispuesto a postrarse ante sus dioses, sin indagar si son dignos de adoración. Patética y verdaderamente terrible es la larga historia de la crueldad y la tortura, de la degradación y el sacrificio humanos que soporta con la esperanza de aplacar a los envidiosos dioses; no cabe duda de que el tembloroso creyente piensa que dando libremente lo que le es máspreciado aplacará la lujuria de sangre de las divinidades, y éstas se darán por satisfechas. La religión de Moloc —como podemos denominar genéricamente a tales creencias— es la rastrera sumisión del esclavo, que ni siquiera en su corazón se atreve a pensar que su amo es indigno de toda adulación. Puesto que aún no se ha reconocido la independencia de los ideales, el Poder puede ser adorado libremente y recibir un respeto sin límites, a pesar de sus caprichosos castigos.

Paulatinamente, sin embargo, a medida que la moral se desarrolla con mayor firmeza, comienza el hombre a sentir la exigencia del mundo ideal; y la adoración, si no cesa, ha de elegir dioses distintos a los creados por el salvaje. Los hay que comprenden las exigencias del ideal, pero continúan rechazándolas conscientemente, aduciendo que el poder es en sí mismo digno de adoración. Tal es la actitud inculcada en la respuesta de Dios a Job, desde el torbellino: el poder y el saber divinos se manifiestan ostentadamente, pero nada dice de la bondad divina. No es otra la actitud de los que en nuestra época basan su moralidad en la lucha por la supervivencia, sosteniendo que sólo sobreviven los más aptos. Pero otros, descontentos de una respuesta tan repulsiva para el sentido de la moral, adoptarán la posición que habitualmente consideramos religiosa, manteniendo que, de alguna forma misteriosa, el mundo de los hechos se armoniza realmente con el de los ideales. Así crea el Hombre a Dios, omnipotente y misericordioso, unidad mística de lo que es y de lo que debe ser.

Pero el mundo de los hechos, al fin y al cabo, no es bueno, y, al someter nuestra razón a él, surge un elemento de esclavitud que debemos eliminar del pensamiento. Pues en todas las cosas conviene exaltar la dignidad del Hombre, liberándole, hasta donde sea posible, de la tiranía del Poder no humano. Cuando comprendamos que el Poder es en gran medida nocivo, que el hombre, con su conocimiento del mal y del bien, no es más que un átomo inerte en un mundo que carece de ese conocimiento, se presentará de nuevo la elección: ¿Deberemos adorar la Fuerza, o deberemos adorar la Bondad? ¿Existirá nuestro Dios y será malo, o podremos reconocerlo como una creación de nuestra propia conciencia?

La respuesta a esta pregunta es en extremo trascendental, y afecta en profundidad a nuestra moral. La adoración de la Fuerza, a la que Carlyle, Nietzsche y el credo militarista nos han acostumbrado, es

En la acción, en el deseo, debemos someternos perpetuamente a la tiranía de las fuerzas exteriores; pero en el pensamiento, en la aspiración, somos libres; libres de los demás hombres, libres del minúsculo planeta por el que arrastramos impotentes nuestros cuerpos; libres incluso, mientras estamos vivos, de la tiranía de la muerte.

el resultado del fracaso en mantener nuestros ideales frente a un mundo hostil; es en sí misma una humillante entrega al mal, un sacrificio a Moloc de lo mejor que hay en nosotros. Si debemos respetar alguna fuerza, respetemos entonces la de quienes rechazan ese falso “reconocimiento de los hechos”, que se niega a reconocer que estos son con frecuencia malos. Admitamos que, en el mundo conocido, hay muchas cosas que estarían mejor de otra forma, y que los ideales que podemos y debemos defender no son realizables en el dominio de la materia. Conservemos el respeto por la verdad, la belleza y el ideal de perfección que la vida no nos permite alcanzar, aunque ninguna de estas cosas cuente con la aprobación del universo inconsciente. Si el Poder es malo, como parece ser, arranquémoslo de nuestros corazones. En esto reside la auténtica libertad del Hombre: en que se determina a adorar sólo al Dios creado por nuestro amor al bien, en respetar sólo al cielo que nos inspira la capacidad de discernir de nuestros mejores momentos. En la acción, en el deseo, debemos someternos perpetuamente a la tiranía de las fuerzas exteriores; pero en el pensamiento, en la aspiración, somos libres; libres de los demás hombres, libres del minúsculo planeta por el que arrastramos

De la sumisión de los deseos brota la virtud de la resignación; de la libertad del pensamiento brota el mundo del arte y la filosofía, y esa visión de la belleza que, por fin, nos permite reconquistar el mundo a medias.

impotentes nuestros cuerpos; libres incluso, mientras estamos vivos, de la tiranía de la muerte. Aprendamos, pues, que es la energía de la fe lo que nos permite vivir constantemente en la visión del bien, y descendamos, en la acción, al mundo de los hechos, sin perder nunca esta visión.

Cuando apreciamos por primera vez la oposición de lo real y lo ideal, parece necesario un espíritu de orgullosa rebelión, de odio apasionado a los dioses, para afirmar la libertad. Desafiar a un universo hostil con constancia prometeica, tener siempre presente su maldad y odiarla siempre activamente, no rechazar el dolor que la malicia del Poder invente, nos parece el deber de todos los que no se arrodillan ante lo inevitable. Pero la indignación es aún una forma de esclavitud, porque nos empuja a ocuparnos de un mundo malo, y en la intensidad del deseo, del que nace la rebeldía, hay una especie de autoafirmación que el sabio ha de superar necesariamente. La indignación es una sumisión de los pensamientos, pero no de los deseos; la libertad estoica, en que consiste la sabiduría, se funda en la sumisión de los deseos, no en la sumisión de los pensamientos. De la sumisión de los deseos brota la virtud de la resignación; de la libertad del pensamiento brota el mundo del arte y la filosofía, y esa visión de la belleza que, por fin, nos permite reconquistar el mundo a medias. Pero la visión de la belleza sólo es posible para una contemplación sin trabas, para un pensamiento descar-

gado del peso de nuestros deseos vehementes; y así la Libertad llega tan sólo a quienes no piden a la vida que les depare ninguno de los bienes personales que están sujetos a la mutación del Tiempo.

Aunque la necesidad de renunciación es prueba evidente de la existencia del mal, el cristianismo ha demostrado, predicándola, una sabiduría muy superior a la de la filosofía de la rebelión prometeica. Debemos admitir que algunas de las cosas que deseamos, aunque resulten imposibles, son, sin embargo, bienes auténticos; pero otras, tan ardientemente deseadas, no forman parte de un ideal plenamente purificado. La creencia de que aquello a que se debe renunciar es malo, aunque a veces sea falsa, suele serlo menos de lo que supone la pasión indómita; y el credo de la religión, al proporcionar una razón para probarnos que nunca es falsa, nos ha brindado la forma de purificar nuestras esperanzas mediante el descubrimiento de muchas verdades austeras.

Pero hay en la resignación un elemento positivo, pues ni siquiera los bienes auténticos, cuando son inalcanzables, deben desearse con ansia. A cada hombre le llega, tarde o temprano, la gran renunciación. Para los jóvenes, no existe nada inalcanzable; no aceptan que una cosa buena, deseada con todas las fuerzas de la pasión, sea imposible. Pero, la muerte, la enfermedad, la pobreza o la llamada del deber nos obligan a aprender, a cada uno de nosotros, que el mundo no se ha hecho para nosotros y que, por muy hermosas que sean las cosas que anhelamos, el Destino puede vedárnoslas, pese a todo. Es propio del coraje, cuando llega el infortunio, sufrir calladamente la ruina de nuestras esperanzas, y apartar el pensamiento de los remordimientos vanos. Este grado de sumisión al Poder no es solo justo y conveniente: es la puerta misma hacia la sabiduría.

Pero la renunciación pasiva no es toda la sabiduría, pues solo con la renunciación no podemos levantar un templo donde adorar nuestros ideales. Los presagios más

intensos del templo aparecen en el dominio de la imaginación, en la música, la arquitectura, en el reino sosegado de la razón, y en el mágico crepúsculo dorado de la lírica, donde la belleza brilla resplandeciente, a salvo del contacto con la tristeza, lejos del temor al cambio, del fracaso y del desencanto que produce el mundo de los hechos. En la contemplación de tales cosas, nace por sí sola la visión del cielo en nuestros corazones, proporcionándonos al mismo tiempo una piedra de toque para juzgar el mundo que nos rodea y una inspiración que nos permite adaptar a nuestras necesidades todo lo que no sirva de piedra en el templo sagrado.

Salvo para aquellos raros espíritus que han nacido sin pecado, hay una caverna oscura que ha de ser atravesada antes de entrar en el templo. La puerta de esa caverna es la desesperación, y su suelo está empedrado de esperanzas abandonadas. Allí debe morir el Yo; allí el ansia y la voracidad de los deseos indómitos deben ser destruidas, porque sólo así quedará libre el alma del imperio del destino. Pero, a la salida de la caverna, la Puerta de la Renunciación conduce a la luz de la sabiduría, por cuya radiación, una penetración nueva, un nuevo gozo y una nueva ternura brillan en adelante para regocijar el corazón del peregrino.

Cuando, libres de la amargura que proporciona la rebelión impotente, hayamos aprendido a resignarnos ante la ley exterior del Destino y a reconocer que el mundo no humano es indigno de adoración, será posible, por fin, transformar y reordenar el universo inconsciente, transmutarlo en el crisol de la imaginación, de tal forma que una nueva imagen de oro sustituya al antiguo ídolo de arcilla. En los multiformes hechos del mundo —en los contornos visibles de los árboles, de las montañas y de las nubes, en los hechos de la vida humana, incluso en la omnipotencia misma de la Muerte— la intuición del idealismo creador halla el reflejo de una belleza que su propio pensamiento había elaborado ya. De este modo, la mente

Pero la renunciación pasiva no es toda la sabiduría, pues solo con la renunciación no podemos levantar un templo donde adorar nuestros ideales. Los presagios más intensos del templo aparecen en el dominio de la imaginación, en la música, la arquitectura, en el reino sosegado de la razón.

afirma su sutil predominio sobre las fuerzas irracionales de la Naturaleza. Cuanto peor sea el material que trate, cuanto más frustrante para el deseo indómito, mayor será el triunfo al conseguir que la roca brinde sus tesoros ocultos, y más grande la victoria que obliga a las fuerzas adversas a rendir tributo a su triunfo. La tragedia es la más orgullosa de las artes, la más triunfante; pues construye su brillante ciudadela en el centro mismo del territorio enemigo, en la cumbre misma de la montaña más alta; desde sus inexpugnables atalayas, los campamentos y arsenales, las columnas y los fuertes del adversario quedan al descubierto; dentro de sus murallas, la vida libre continúa, mientras que las legiones de la Muerte, el Dolor y la Desesperación, y todos los serviles capitanes del tiránico Destino, brindan a los ciudadanos de la intrépida ciudad nuevos espectáculos de belleza. Dichosos los sagrados contrafuertes; tres veces dichosos los que habitan aquella eminencia que todo lo divisa. Llor a los valientes guerreros, que a través de incontables tiempos de guerra, han conservado para nosotros la preciosa herencia de la libertad, y han mantenido a salvo de los sacrílegos invasores la morada de los no sometidos.

Pero la belleza de la tragedia consiste en hacer visible una cualidad que, de forma más o menos obvia, está presente

Abandonar la lucha por la felicidad privada, renunciar a todo afán de deseos temporales, arder con pasión por las cosas eternas, tal es la emancipación y tal el credo del hombre libre.

siempre y en todos los aspectos de la vida. En el espectáculo de la Muerte, en la capacidad de soportar la pena intolerable y en la irrevocabilidad de un pasado desvanecido, hay una santidad, un pavor estremecedor, una sensación de la vastedad, la hondura y el inagotable misterio de la existencia, en el cual, como por un extraño maridaje con el dolor, el sufriente queda vinculado al mundo por los lazos de la aflicción. En estos momentos de intuición perdemos la ansiedad de deseos temporales, de lucha y competición por metas insignificantes, de preocupación por las pequeñas cosas triviales que constituyen la vida cotidiana para la mirada superficial; vemos, en torno a la estrecha balsa iluminada por la palpitante luz de la camaradería humana, el océano negro en cuyas olas nos agitamos por breves momentos; se abate desde la negra noche una ráfaga helada sobre nuestro refugio; toda la soledad de los seres humanos en medio de las fuerzas hostiles se concentra en el alma individual, que debe luchar sola, con todo el valor que pueda reunir, contra todo el peso de un mundo perfectamente insensible a sus esperanzas y temores. La victoria, en esta lucha contra las fuerzas de las tinieblas, es el auténtico bautismo que nos introduce en la gloriosa compañía de los héroes, la verdadera iniciación en la belleza absoluta de la existencia humana. De ese asombroso encuentro del alma con el mundo exterior nacen la renunciación, la sabiduría

y la piedad; y con ese nacimiento comienza una nueva vida. Introducir en el santuario más íntimo del alma aquellas fuerzas irresistibles de las que parecemos ser marionetas —la Muerte y el cambio, la irrevocabilidad del pasado y la impotencia del hombre ante la ciega carrera del universo de una vanidad en otra—, sentir estas cosas y conocerlas, es conquistarlas.

Esta es la razón que explica el mágico poder del Pasado. La belleza de sus representaciones inmóviles y silenciosas es como la encantada pureza del final del otoño, cuando las hojas, a las que un soplo hace caer, aún presentan su gloria dorada al cielo. El pasado no cambia ni lucha; como Duncan, después de la fiebre intermitente de su vida, duerme tranquilo; lo que era anhelo y ambición, lo que era vano y transitorio, ha desaparecido, y las cosas que eran hermosas y eternas brillan como las estrellas nocturnas. Su belleza, para el alma indigna de ella, es insufrible; mas para la que ha conquistado su Destino es la llave de la religión.

La vida del Hombre, vista desde el exterior, es bien poco comparada con las fuerzas de la Naturaleza. El esclavo está condenado a reverenciar el Tiempo, el Destino y la Muerte, porque son más grandes que todo lo que encuentra en sí mismo, y porque todos sus pensamientos se ocupan de cosas que ellos pueden destruir. Pero, por muy grandes que sean, considerarlas de una manera elevada, sentir su esplendor desapasionado, es aún más grande. Y este pensamiento nos hace libres; no nos inclinamos ya ante lo inevitable con sumisión oriental, sino que lo absorbemos y lo convertimos en parte de nosotros mismos. Abandonar la lucha por la felicidad privada, renunciar a todo afán de deseos temporales, arder con pasión por las cosas eternas, tal es la emancipación y tal el credo del hombre libre. Y la liberación se logra por la contemplación del Destino; pues el Destino mismo es sometido por la mente, que no

deja que nada sea purgado por el fuego purificador del Tiempo.

Unido a sus compañeros por el más fuerte de los vínculos, el del destino común, el hombre libre descubre siempre una nueva visión en sí mismo, que derrama la luz del amor sobre cada tarea cotidiana. La vida del Hombre es una larga marcha a través de la oscuridad, rodeado de enemigos invisibles, atormentado por el pesar y el cansancio, hacia una meta que pocos abrigan la esperanza de alcanzar y donde nadie puede entretenerse mucho tiempo. Uno a uno, a lo largo del camino, nuestros camaradas desaparecen de nuestra vista, urgidos por las órdenes silenciosas de la omnipotente Muerte. Breve es el tiempo que tenemos para ayudarlos, para decidir su felicidad o su desgracia. Sirva el nuestro para derramar la luz del sol en su camino, para iluminar sus penas con el bálsamo de la simpatía, para ofrecerles la pura alegría de un afecto incansable, para infundirles fe en las horas de desesperación. No pesemos en balanzas de odio sus méritos y deméritos, por el contrario, pensemos tan sólo en su necesidad, en sus penas y dificultades, en sus cegueras, incluso, que forman la miseria de su vida; recordemos que son compañeros de sufrimiento en la misma oscuridad, actores de nuestra misma tragedia. Y así, cuando se les acabe la vida, cuando su bien y su mal sean ya eternos por la inmortalidad del pasado, sintamos siempre que en su sufrimiento y su fracaso no tuvimos culpa alguna, sino que allí donde una chispa del fuego divino se encendió en sus corazones, estuvimos a su lado, con coraje, simpatía y palabras valientes en las que brillaba el más alto valor.

Breve es el tiempo que tenemos para ayudarlos, para decidir su felicidad o su desgracia. Sirva el nuestro para derramar la luz del sol en su camino, para iluminar sus penas con el bálsamo de la simpatía, para ofrecerles la pura alegría de un afecto incansable, para infundirles fe en las horas de desesperación.

Breve e impotente es la vida del Hombre; sobre él y su stirpe se abate lenta y segura una suerte oscura y despiadada. Ciega para el bien y el mal, indiferente a la destrucción, la omnipotente materia avanza en su implacable camino; para el Hombre, condenado hoy a perder lo más querido, mañana a traspasar él mismo el umbral de la oscuridad, lo único que le queda para amar, antes de que se abata el golpe, son los pensamientos elevados que ennoblecen su pobre existencia; desdénando los cobardes terrores del esclavo del Destino, reverenciar ante el altar lo que sus propias manos han creado; impasible ante el imperio de los cambios, conservar la mente libre de la tiranía caprichosa que rige su vida exterior; orgullosamente desafiante ante las fuerzas irresistibles que solo por un momento toleran su conocimiento y su condenación, sostener solo, como un Atlante cansado pero inflexible, el mundo que sus propios ideales han creado a despecho de la marcha irresistible del poder inconsciente. ❁